

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CÉNTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

¿QUIÉN?

Todavía no se han atrevido los primates conservadores a repartirse la herencia del Sr. Cánovas.

La codicia tiene también su pudor.

Pero allá en la sombra, misteriosamente, trabajan unos y otros disputándose la presa.

La opinión apenas si se percata de estas miserias. Porque, ya lo hemos dicho, la lucha no se ha entablado, como era de suponer, en el camino real, sino en el subterráneo, en el alcantarillado. Y por eso la gente no se entera de nada de lo que ocurre.

Y sin embargo, ¡cuántas escaramuzas, cuántas batallas—con sus muertos y todo, dígalos si no el Sr. Morlesín—se han librado ya a estas horas!

Pero aún no se sabe, aún no se puede siquiera conjeturar de quién será la victoria. En esta clase de luchas el triunfo no suele ser del más fuerte, sino del más astuto ó del más osado.

¿Quién vencerá? ¿Azcarra, el general jesuita, el organizador en colaboración con Bascarán, el presidente por casualidad? ¿O acaso el triunfo será para Silvela, el político siniestro, el hombre de la moral hipócrita, el Bellido Dolfos de estos tiempos? ¿Será el heredero de la jefatura Romero Robledo, el Numa Rumestan de nuestra política, el amigo y protector de Gálvez Holguín, el ex revolucionario de todas las revoluciones? ¿Será quizás Pidal, el de las honradas masas carlistas, el que juró cortarse la mano derecha antes que ser ministro con Cánovas, el hombre de la intolerancia y de la reacción, el representante a la par del clericalismo y del jesuitismo? ¿Podrá ser Elduayen, ese becero de oro que no ha sabido otra cosa en su vida sino hacer dinero?—¡triste misión en un hombre político! ¿Podrá ser Tetuán, el amigo de Mackinley, el protector de los yankees, el diplomático sin diplomacia pero con puños, el extornavoz de Cánovas? ¿Podrá ser Castellano? ¿Podrá ser Morlesín? ¿Quién sabe!

La guerra está entablada; guerra sangrienta. ¡Ah, si el país tomase participación en estas luchas de los partidos! Entonces sí que podríamos asegurar, sin temor a equivocarnos, que intervendría en la contienda para rechazar por indignos a unos y a otros y para declarar muerto el odioso partido conservador.

SIN PIES NI MANOS

—Morlesín se va; no quiere ó no puede entenderse las con el general barriguita. Vea vuesa merced que esto es lo mismo que si yo me despidiese de vuesa merced y le dejara.

—No es lo mismo, Sancho; porque más se parece a ti el general que a mí; y creo yo que se ve su excelencia presidente del Consejo como te viste tú gobernador de la insula Barataria. Pero la noticia que me das es muy grave para el Gobierno... revela que los sujetos que componen el Gabinete no tienen, ni mucho de lo que sobró a Salomón, ni pizca de lo que tiene cualquier gobernante. Haz cuenta que Azcarra pierde los ojos.

—¡Cómo! ¿Va vucencia a defender a Morlesín?

—¿Piensas que porque yo sea de diversa opinión po-

lítica voy a hacer lo que tanto zascandil de los periódicos han hecho con ese Sr. Morlesín poniéndole de ropa de Pascua y tratando de demostrar que no correspondían sus méritos personales al cargo que ocupaba, ni su importancia social a su consejo? No, Sancho.

—¿Entonces tiene vuesa merced en mucho a Atanasio Morlesín?

—En mucho. Hombre modesto y discreto; estudioso y diligente... bien parecido al tipo que da Saavedra Fajardo en sus empresas políticas de lo que ha de ser un secretario y de lo que ha de ser un buen consejero.

—¿Qué me cuenta vuesa merced?

—Lo que oyes, Sancho. El mérito ha de ser reconocido donde estuviere, y pienso que si Cánovas no hubiera sacado del oscuro modestísimo retiro donde Morlesín trabajaba... jamás hubiera éste aparecido en la vida política. ¡Sólo la pujante y amplia fuerza expansiva de las democracias es la que puede hacer que los hombres modestos y de mérito sean vistos y utilizados! El caso del Sr. Morlesín es un caso extraordinario en el régimen monárquico.

—¿Y cree vuesa merced que pierde mucho el Gobierno con la marcha de Morlesín, según eso?

—¡Pues claro! ¿Cómo se va a gobernar Azcarra para escribir una carta?... Porque acudir a Madariaga es cosa que no se le ocurrirá al general... ¿Quién enseñará a Cos-Gayón a no chillar, ni manotear, ni hablar de lo que no le importa? ¿Quién hará que Navarro Reverter no se meta las manos en los bolsillos? Pues ¿quién podrá dar libros antiguos de endechas, requiebros, divisas y galanteos a Linares Rivas? ¿Quién más a tiempo y con voz más bronca dirá ¡cocol para poner en razón a Tejada? ¿Quién acostará y dará el biberón a Castellano?

—Vuesa merced no habla en serio... por lo que veo.

—Piensas que se puede hablar en serio de política...

Por mucho que valga un secretario, y cuenta que repito que vale en extremo Atanasio Morlesín, no debiera suponer tanto que al marcharse dejando su cargo dejara al ministro aturdido, sin pies, ni manos, ni ojos, ni alma, ni sentido... y tras de él y con él a los demás ministros... y mira si aquello que decíamos de que Morlesín había de poner mano para mover los muñecos del teatro de Guíñol resulta cierto.

—No se engañó vuesa merced; pero he notado que dejó vuesa merced de nombrar dos ministros, al duque de Tetuán y a Beránger.

—Fué inadvertencia que no desprecio; hice lo que ellos suelen, no atenderlos por hallarme distraído... Beránger tiene a Arambilet... y Tetuán es hombre que se basta... tiene mano para todo.

—¿Qué política más ruineja y más monótona!

—Vaya, Sancho, atiéndeme. ¿Tú has leído algo acerca de la administración política de Inglaterra?... Pues figúrate un perfecto mecanismo de fuerte metal y por admirable medio articulado. Sea cualquiera la opinión de los gobernantes, la máquina funciona igualmente, en el mismo tiempo y para los propios resultados. Fueren las que fueren las mudanzas de opinión y aun de formas políticas... la máquina funciona con regularidad, sin que pierda por aquellos cambios su poderío la administración, ni su libertad el ciudadano. Allí no se hacen retóricas políticas; allí no valen romanticis-

mos ni novelarias... Podrán en la Prensa y en el Parlamento revelarse alguna vez las pasiones políticas... pero en la vida política práctica, en los hechos, no en las referencias, no es posible que los fanatismos, los caprichos, los ciegos entusiasmos... puedan alterar la vida de un pueblo... tan positivista y libre.

—Gustoso estoy de oírle hablar con tan prudente discurso, y bueno fuera que vuesa merced me aclarase más esos puntos.

—A ello voy. ¿Por qué piensas tú que mi locura se hizo famosa?

—Porque fué presentada en forma de gran primor y llena de elocuencia y engalanada por las magias de un portentoso ingenio.

—Así es; pero además, porque la filosofía de mi historia es la de hacer que la humanidad piense en el pellejo, desprecie los bienes soñados por los bienes posibles. ¿Qué más locura que la de esos aventureros de la política, que pretenden por sí, con sólo sus imaginaciones y por sus vanos discursos, regenerar el mundo?

—Mire, señor, que los tales no son locos..., sino tumbantes; pues grande es el provecho que alcanzan con engañar y seducir a los tontos, embaucándoles con la palabrería.

—Cierto es ello, mas todo acabará cuando entienda el ciudadano su derecho, la normalidad que dan a las sociedades las leyes, regularice las particulares del Gobierno, y así se atenderá al provecho antes que a la vana gloria. Antes de acometer una empresa, se apreciarán las utilidades que puedan dar por resultado, la posibilidad de medios para realizarla. Así no habrá mudanzas caprichosas luego de haber establecido, según los principios fundamentales del derecho, la Hacienda, la enseñanza, la justicia, la marina y el ejército. ¿No es vergonzoso ver que un tal Carlos de Borbón, y unos cuantos bobalicones ó malignos ignorantes, y hasta muchedumbre de fanáticas, nos estén amenazando con nueva guerra civil, y que los políticos tomen muy en serio la amenaza? ¿Qué ofrecen esos mentecatos? ¿Las hiperideaciones de Mella, el parlante que hace la perorata de parada de feria? ¿Será Barrio Mier el político del partido? ¿Qué experiencias revelan, qué estudios han hecho, qué mejoras ofrecen, qué fundamentos dan a sus críticas, qué intereses representan, qué piensan, qué hacen, qué dicen, sino bobadas retóricas?

Los que de política pueden hablar, ¡ah! y no lo hacen como debieran, pienso yo que son los republicanos, que representan las últimas conclusiones probadas de la ciencia política, hija del derecho, nutrida por la estadística, experimentada por las ciencias económico-sociales. ¡Instruir, he, aquí, el camino!

—Mire vuesa merced, que un mi amigo, muy busconazo y entrometido, ha visto y hablado con D. Carlos, y éste le ha dicho que ama la justicia, y la verdad, y las virtudes teologales, y las cardinales, y pienso que hasta las reglas de urbanidad.

—Vaya unas declaraciones... Con esas generalidades ya se puede ser político y hasta rey... ¡Pena es que perdamos la fortuna de tener amo como el Chapal!

—En tanto, siga el Gobierno descabezado; es lo malo conocido.

—Descabezado y sin Morlesín.

—¡Es decir, sin pies y sin manos!

DON QUIJOTE



—Te he ganado por la mano.
—Ni me apura ni me inquieta.
—¿Has quedado como el Chano?
—Y tú como el Agujetas!

REFRÁN POLÍTICO



Arrimarse al sol que más calienta.

LOS CONSUMOS



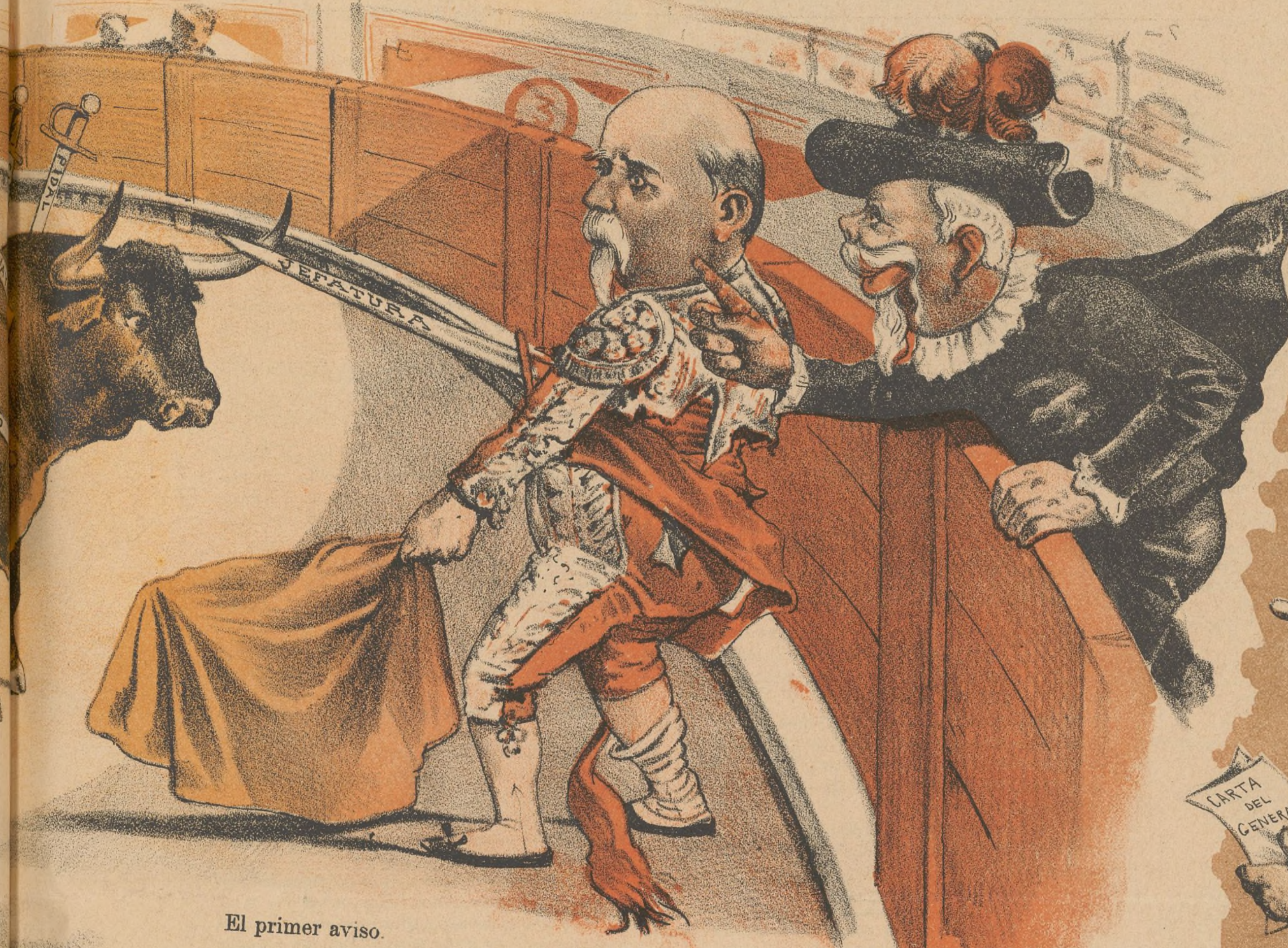
Modo de cobrar el impuesto.

Lit. de la Viuda de M. Bautista, Jesús del Valle, 22



Lo que se prepara.

Ayuntamiento de Madrid



El primer aviso.



El muerto resucitado.



El payo de la carta.



Las últimas bombas

EL ANDAMIO

Sobre el tablón, sustento de su vida
y amenaza perpetua de su muerte,
la blusa por el aire sacudida
igual que su existencia por la suerte,
el albañil emprende su faena,
y alegre, joven, con el alma llena
de esperanzas y amor, suda y se afana
entonando un cantar que al cielo sube
envuelto en una nube
de cal, que dora el sol de la mañana.

Un día y otro desde aquellos años
que son tan cortos y huyen tan de prisa,
en que no tienen voz los desengaños
y en que saben las lágrimas á risa,
fué aquel tablón su anhelo más querido.
El aprendiz que á él sube ya ha vencido,
ya es un hombre de obrero consagrado.
Allí el bautismo del trabajo se halla,
como está el del soldado
en el sangriento horror de la batalla.

Hasta él llega por fin; á él reunida
su historia entera se halla; aquel madero
es toda su fortuna, el compañero
constante de las luchas de su vida;
firme sobre él prosigue su tarea,
la blanca blusa en el espacio ondea;
tras de un combate formidable y duro
cede el tapial del músculo al empuje,
y oscilando en el muro,
el hombre canta y el tablado cruje.

Canta, pero tal vez en sus canciones
hay vibraciones de clarín de guerra,
ecos sordos de ahogadas maldiciones
contra los poderosos de la tierra.

Tal vez al contemplar desde la altura
de aquella tabla rota é insegura
la multitud que goza y se divierte,
siente brotar del fondo de su pecho
apetitos de muerte
y oleadas de rabia y de despecho.

Tal vez llegué á pensar que en la morada
donde dejó pedazo de su vida,
por él piedra tras piedra levantada,
por él golpe tras golpe construida,
habitará el burgués, el caballero
que tiene por insulto y por ultraje
el que roce la blusa del obrero
el satinado paño de su traje.
Tal vez lo piense, y al pensarlo cante,
haciendo del cantar grito de guerra,
y queriendo decir con arrogante
voz á los poderosos de la tierra:

—Desde esta humilde tabla os desafío;
miradme bien, vuestro edificio es mío,
mío desde el remate hasta la planta,
mío porque mi mano lo construye,
y esta mano es la mano que levanta,
pero es también la mano que destruye.

JOAQUÍN DICENTA.

LOS SILVELISTAS

VILLAYERDE

Dice un ilustre republicano que el camino de la virtud es el recto; yo creo que es el curvo.

Villaverde cree lo mismo que yo.

Convencido de esta verdad, tomó el camino de las curvas para alcanzar la primera cartera que, como los primeros mil duros, es la que cuesta trabajo.

¡Vaya si cuesta! ¡Trabajos forzados habrán parecido alguna vez á D. Raimundo las chocheas de la política!

Pero ¡qué demonio! llega el día venturoso en que el valiente campeón se endosa el uniforme de los ojos; todo es ojos para mirar al presente; el porvenir queda á la espalda y no hay para él ojos abiertos.

A partir del día en que juró dejar cesantes á unos para colocar á otros (*como se ha verificado*), yo no sé qué os diga de Villaverde. Semejante en ésto á muchos libros, lo mejor que tiene la obra de Villaverde Ministro es el prólogo.

Haber dejado un mal recuerdo á los estudiantes no es cosa que da derecho á hombrearse con Narváez, y el haber echado el resto á la carta de Silvela y que siempre venga la contraria, puede asemejarle cuando más al caballero que, viendo bostezar á otro en un baile, le dijo:

—¿Se aburre usted?

—Sí, señor.

—Yo también.

—¿Vámonos?

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque soy el dueño de la casa.

Por algo así no puede marcharse Villaverde.

Podría marcharse Dato, podría irse San Pedro y le quedarían reconocidos; podrían desfilar los otros quinientos sin dar escándalo; ¡pero Villaverde!

D. Raimundo, Rancés y Santa Teresa son silvelistas forzosos.

Hubo un tiempo en que fué moda, declararse Ministro de la Gobernación de tal ó cual jefe político, Silvela no pudo serlo con Cánovas y se hizo jefe á su vez.

A su vez, Villaverde se declaró Ministro de la Gobernación de Silvela. Pero esa vez no llega nunca.

Martínez Campos, como el Aquiles de *La bella Helena*, saca de vez en cuando media espada y, para que no pueda volver á envainarla, Villaverde, como más experto en estas cosas, dobla en seguida el cuero.

Y en esa postura están hace mucho tiempo: Martínez Campos á media espada, Villaverde á media vaina. ¡Para un hombre como él!

¡BUNUELOS!

—Paca está tragando quina
y de despecho se muere
porque el puesto que ella quiere
lo quiere la Florentina.

La cosa muy mal está:
se van á arrancar los pelos
por el puesto de buñuelos
de la calle de Alcalá.

Se pegan el mejor día.

—Mujer, eso al cielo clama.

¡Si resucitase el ama

de esa gran buñolería,

al punto á la eternidad

desearía volver!

—¿Por qué razón?

—¡Por no ver

tamaño monstruosidad!

¡Por buñuelos, santos cielos,

que esto pases!

—No me extraña,

que es, ha sido y será España

el país de los buñuelos.

VICENTE RUBIO.

LANZADAS

Cosas que no han pasado esta semana.

No ha hecho nuevas declaraciones D. Emilio.

No ha publicado ningún artículo Doña Emilia.

No ha escrito Martínez Campos ninguna carta *confidencial*.

No ha dicho Sagasta esta boca es mía.

No le han premiado ninguna oda á Calixto Ballesteros...

¡Cielos! ¿Qué va á pasar aquí?

Ya ha llegado á San Sebastián el tan anunciado Mr. Woodford, delegado especial del gobierno norteamericano.

Pero parece que por ahora no presentará sus credenciales.

Dicen que le ha visto las manos á Tetuán.

A Azcárraga se le ha presentado un enviado de Dios para arreglar la cuestión de Cuba.

Me parece muy bien.

Porque eso de la Gran Antilla solo puede arreglarlo un representante celestial.

Pues señor, está bueno el gobierno.

Ya están otra vez sin presidente.

El Sr. Morlesin ha presentado su dimisión con carácter de irrevocable.

Si ves, madre, á un diputado

con la gran cruz... averigua

si es que esa cruz se la han dado

por luchar en la manigua.

La hija de D. Carlos, la famosa princesa Doña Elvira, se encuentra en una tienda de modas de Nueva York haciendo gorros.

Viene de familia.

Su padre no ha tenido otra ocupación en su vida.

Algunos inocentes creyeron que Fabié había dimitido la presidencia del Consejo de Estado.

Pero ¡A! (sin hache) la noticia no ha resultado cierta.

¡Dimitir Fabié!

¡Antes tenía que crecer Tejada de Valdosa!

Animo, valor y miedo:

«Ayer tarde, á la entrada del Consejo, algunos periodistas se acercaron al ministro de Gracia y Justicia para preguntarle sobre la ronda judicial que está á su servicio.

El *valeroso* Tejada les dijo que lo de la ronda era una fábula de mala especie, inventada no sabía con qué motivo. Y luego añadió:

—Yo voy siempre solo, *no tengo miedo á nadie*, por que yo no he hecho nada malo. Además pueden ustedes asegurar que *yo no he sido*, como se dice, el que ha intervenido en la causa de los anarquistas.»

El pobre Tejada se cura en salud.

Y se dedica á representar el conocido juguete: *¡Tío, yo no he sido!*

¡Oh, los grandes hombres!

Libros:

Se han puesto á la venta los folletos números 9 al 12 de la interesante biblioteca *Los crímenes del carlismo*, que publica nuestro querido colega *El Motín*.

Estos folletos, así como los anteriormente publicados, se venden al precio de 15 céntimos en todas las librerías y puestos de periódicos.

¡Y hay que comprarlos!

SOLILOQUIO (1)

Á LA SEÑORA MARQUESA DE ***

—¡Oh, cuán frágil de memoria es usted, señora marquesa! He pasado toda la noche delante de usted, como una interrogación viva, y usted ni siquiera se ha dignado reconocerme... En los dos años que hace que no nos vemos he debido de cambiar mucho.

Y sin embargo, señora, yo soy el mismo de siempre. Si, yo soy aquel á quien usted juraba amar toda la vida.

No, yo no puedo creer que haya usted olvidado tan pronto aquella nuestra primera cita de amor.

Sí, acuérdesse usted, señora; haga usted ¡por Dios! un poco de memoria.

Yo la aguardaba á poca distancia de su casa. Tomamos un coche. Usted estaba muy intranquila, muy nerviosa. De vez en cuando decía usted, como si hablara consigo misma: «¡Qué imprudencia! ¡Qué imprudencia!»

¡Oh, estaba usted muy asustada!

En cada transeunte creía usted reconocer á su marido, y á mis palabras de amor respondía con simples monosílabos.

Cuando entramos en la Castellana comenzó usted á tranquilizarse. En todo el largo paseo no encontramos un alma.

Ya creía segura la victoria cuando de repente lanzó usted un grito [de terror. ¿Qué le ocurría? ¡Ah, una gran desgracia! Se le había perdido el pañuelo. Y era preciso encontrarlo á toda costa, porque aquel pañuelo podía comprometerla.

Entonces yo, para tranquilizarla, me dediqué á su busca y captura. Pero el maldito no parecía por ninguna parte.

Recuerdo que, tanteando el suelo del coche, mis manos fueron á tropezar inconscientes con los pies de usted. Recuerdo también que la hice observar que tenía desatadas las cintas de los zapatos. Pero usted protestó: «¡Si he traído botas!»

Encendí una cerilla para saber á qué atenerme. ¡Oh, qué bonita estaba usted en aquellos momentos!

Al verme á sus pies, contemplándola axtasiado, se echó usted á reír con verdadera alegría.

—«¡Parece usted un perro!»

De pronto, y cuando estaba más absorto en mis pesquisas, dió usted un grito de júbilo.

—«Aquí está; ya pareció; lo tenía en el bolsillo... ¡Qué distraída soy!»

Desde el encuentro del pañuelo todo marchó á las mil maravillas. Sí, señora marquesa; no me había engañado en mis imaginaciones; era usted la mujer cariñosa y apasionada que yo había soñado.

Y al regreso de nuestra expedición, al estrecharnos las manos por última vez, acuérdesse usted, señora, de la promesa que me formuló:

—«Yo no te olvidaré nunca, ¡nunca!»

Y he aquí, señora, que al cabo de dos años volvemos á vernos, y no se digna usted siquiera fijar sus ojos en mí.

Mientras hago estas dolorosas reflexiones, usted charla que charla con un antipático jovencuelo, sin preocuparse ni poco ni mucho de mi humilde persona.

¿De qué habla usted, señora? ¿Puede saberse? ¿Por qué se rie usted de esa manera y se tapa la cara con el abanico?

En este momento acaba usted de dejar caer su pañuelo.

El jovencito se apresura á recogerlo y á devolvérselo, no sin retenerlo un momento entre sus manos.

Usted se sonríe complacida.

Ahora hablan ustedes en voz baja muy cerca el uno del otro... Sí, ya sé lo que le dirá usted á ese desgraciado:

—«Yo no te olvidaré nunca, ¡nunca!»

¡Ah, señora marquesa, usted volverá á recorrer en coche el paseo de la Castellana!

MIQUEL SAWA.

(1) Del libro *Amor*, publicado por la Biblioteca de Don Quijote.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.